

Perry Anderson
**Consideraciones
sobre el marxismo
occidental**



intervenciones keynesianas anticíclicas por el Estado para asegurar la estabilidad interna del imperialismo. La desintegración final del capitalismo fue asignada, por primera vez, a un determinante puramente externo: los superiores logros económicos de la Unión Soviética y los países de los que podía esperarse que siguiesen su camino al fin de la guerra, logros cuyo «efecto de persuasión» haría posible, con el tiempo, una transición pacífica al socialismo en los Estados Unidos²³. Con esta concepción, la *Teoría del desarrollo capitalista* señalaba el fin de una época intelectual.

Perry Anderson.

Consideraciones sobre el
Marxismo Occidental.

México, D.F.

siglo XXI (1980)

²³ *The theory of capitalist development*, Nueva York, 1968, reedición, páginas 348-62 (*Teoría del desarrollo capitalista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945).

L=1

2. EL ADVENIMIENTO DEL MARXISMO OCCIDENTAL

La marea de la segunda guerra mundial cambió en el Volga. Las victorias del Ejército Rojo sobre la Wehrmacht en 1942-43 aseguraron la liberación de Europa de la dominación nazi. En 1945, el fascismo había sido derrotado en todas partes, excepto en la región ibérica. La URSS, enormemente fortalecida en cuanto a su poder y prestigio internacional, era dueña del destino de Europa oriental, con excepción de los Balcanes más meridionales. Pronto hubo regímenes comunistas en Prusia, Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia y Albania; las clases capitalistas locales fueron expropiadas; se inició la industrialización al estilo soviético. Un «campo socialista» integrado cubría ahora la mitad del continente. La otra mitad fue rescatada para el capitalismo por los ejércitos norteamericanos y británicos. En Francia e Italia, sin embargo, su papel dirigente en la Resistencia convirtió por primera vez a los partidos comunistas nacionales en las organizaciones mayoritarias de la clase obrera. En Alemania Occidental, en cambio, la ausencia de una experiencia similar y la división del país permitió eliminar con éxito, por el Estado burgués restablecido bajo la protección de la ocupación angloamericana, la tradición comunista de preguerra en el proletariado. En los veinte años siguientes se produjo una situación económica y política diametralmente opuesta a la del período de entreguerras. No hubo regresiones a dictaduras militares o policiales en los principales países occidentales. La democracia parlamentaria, basada en el sufragio totalmente universal, por primera vez en la historia del capitalismo se hizo estable y normal en todo el mundo industrial avanzado. Tampoco se repitieron las catastróficas crisis de los años veinte y treinta. Por el con-

trario, el capitalismo mundial gozó de un prolongado auge de dinamismo sin precedentes, la fase de expansión más rápida y próspera de su historia. Entre tanto, los regímenes burocráticos represivos que ejercían la tutela sobre el proletariado en la Unión Soviética y Europa oriental sufrieron sucesivas crisis y ajustes después de la muerte de Stalin, pero ninguna modificación fundamental de su estructura. Se abandonó el terror como arma sistemática del Estado, pero la coerción armada siguió sometiendo las révoltas populares en esta zona. El crecimiento económico fue rápido, desde sus puntos de partida comparativamente bajos, pero no constituyó ningún desafío político a la estabilidad del bloque capitalista.

Fue en este universo alterado, donde la teoría revolucionaria completó la mutación que dio origen a lo que hoy, retrospectivamente, podemos llamar el «marxismo occidental». Pues el cuerpo de la obra de los autores de los que ahora nos ocuparemos, en efecto, constituyó una configuración intelectual totalmente nueva dentro del desarrollo del materialismo histórico. En sus manos, el marxismo se convirtió en un tipo de teoría que en ciertos aspectos críticos era muy diferente de todo lo que la había precedido. En particular, los temas y preocupaciones característicos de todo el conjunto de teóricos que llegó a la madurez política antes de la primera guerra mundial se desplazaron drásticamente, en un viraje que fue al mismo tiempo generacional y geográfico.

La historia de este desplazamiento es larga y compleja; sus comienzos parten del mismo período de entreguerras y coinciden en parte con el declive de una tradición anterior. La manera más clara de abordar este problema quizá sea mediante una sencilla tabulación; inicial de las fechas y la distribución geográfica de los teóricos que ahora consideraremos:

Lukács (Hungría) 1885-1971 Budapest (Sajonia occidental)
Korsch (Alemania) 1886-1961 Todstedt (Sajonia occidental)
Gramsci (Italia) 1891-1937 Ales (Cerdeña)

Benjamin (Alemania) 1892-1940 Berlín
Horkheimer (Alemania) 1895-1973 Stuttgart (Suabia)
Della Volpe (Italia) 1897-1968 Imola (Romafña)
Marcuse (Alemania) 1898 Berlín
Lefebvre (Francia) 1901 Hagetmau (Gascuña)
Adorno (Alemania) 1903-1969 Francfort
Sartre (Francia) 1905 París
Goldmann (Alemania) 1913-1970 Bucarest
Althusser (Argelia) 1918 Birmandreis (Argelia)
Colletti (Italia) 1924 Roma

Los orígenes sociales de estos pensadores no eran distintos de los de sus predecesores¹. Geográficamente, en cambio, las características de este grupo ofrecen un acentuado contraste con las de los intelectuales marxistas que se destacaron después de Engels. Como hemos visto, prácticamente todos los teóricos importantes de las dos generaciones siguientes a los fundadores del materialismo histórico eran de la Europa oriental o centro-oriental; aun dentro de los imperios germánicos, fueron Viena y Praga, no Berlín, las que proporcionaron las mayores luminarias de la II Internacional. Pero desde el fin de la primera guerra mundial, la situación se invirtió. Con la importante excepción de Lukács, y de su discípulo Goldmann, todas las figuras significativas de la tradición antes indicada provenían de regiones más occidentales. El mismo Lukács se formó en gran parte en Heidelberg, y su cultura fue siempre más alemana que húngara; y Goldmann vivió en Francia y Suiza toda su vida adulta. De los dos alemanes que

¹ Lukács era hijo de un banquero; Benjamin, de un marchante; Adorno, de un comerciante en vinos; Horkheimer, de un fabricante textil; Della Volpe, de un terrateniente; Sartre, de un oficial de la Marina; Korsch y Althusser, de directores de banco; Colletti, de un empleado bancario; Lefebvre, de un burócrata, y Goldmann, de un abogado. Solamente Gramsci se crió en condiciones de verdadera pobreza; su abuelo había sido coronel de la policía, pero la carrera de su padre como funcionario de rango inferior quedó arruinada al ser encarcelado por corrupción; la familia sufrió desde entonces grandes penurias.

nacieron en Berlín, Benjamin era notable y conscientemente galo en su orientación cultural, mientras que Marcuse recibió su principal enseñanza en Friburgo (Suabia)². Dentro de esta tradición pueden hacerse dos divisiones generacionales³. El primer grupo de intelectuales estaba constituido por aquellos cuya experiencia política formativa fue la primera guerra mundial, o la influencia de la revolución rusa, que se produjo antes de que dicha guerra terminase. Lukács era tres años mayor que Bujarin; Korsch, dos años mayor. Pero lo que les separaba de la generación de marxistas de la preguerra era que habían llegado al socialismo revolucionario mucho más tarde; mientras que Bujarin era ya un activo y templado lugarteniente de Lenin bastante antes de 1914, ellos fueron radicalizados por la gran guerra y los levantamientos de masas que la siguieron, y sólo se manifestaron como marxistas después de 1918. Gramsci, en cambio, era ya un militante del PSI en vísperas de la primera guerra mundial, pero era aún joven e, inmaduro, y su inexperiencia le llevó a cometer serios errores en un comienzo (llegó a abogar por la intervención de Italia en el holocausto en un momento en que su partido la denunciaba vigorosamente). Marcuse fue enrolado en el ejército alemán antes de los veintidós años, y entró, por poco

² La Alemania del sudoeste parece haber desempeñado un papel importante como zona cultural distinta en esta tradición. Adorno y Horkheimer nacieron en ella; Lukács y Marcuse fueron educados en ella. Heidelberg y Friburgo mantuvieron estrechos lazos filosóficos desde la época del II Reich. Con respecto a la francofilia de Benjamin, véanse sus tempranas observaciones de 1927: «En Alemania me siento, totalmente, aislado en mis esfuerzos e intereses entre los de mi generación, mientras que en Francia hay ciertas fuerzas [...] las que veo en acción, lo que me atrae a mí también.» *Illuminations*, Londres, 1970, p. 22 (ninguno de los volúmenes publicados en castellano bajo el título genérico *Illuminaciones* corresponde exactamente a la edición inglesa de *Illuminations*; véanse *Discursos interrumpidos*, I, Madrid, Taurus, 1973, e *Illuminaciones*, I, Madrid, Taurus, 1971).

³ Toda clasificación generacional debe basarse en intervalos de aproximadamente veinte años, obviamente: el problema es saber dónde hacer los cortes históricos pertinentes dentro del continuo biológico de las vidas en cada época. No disponemos aquí de espacio para explorar el tema adecuadamente. Las líneas divisorias esenciales, sin embargo, están bastante claramente trazadas en este caso por las sucesivas conmociones políticas de la época.

tiempo en el USPD, en 1917-18; Benjamin eludió el servicio militar, pero fue arrastrado a la izquierda por la guerra. En cambio, la segunda generación «instalada» dentro de la tradición del marxismo occidental, estaba formada por hombres que llegaron a la madurez mucho después de la primera guerra mundial y a quienes formó políticamente el avance del fascismo y la segunda guerra mundial. El primero de ellos en descubrir el materialismo histórico fue Lefebvre, quien en muchos aspectos es una figura poco común de este grupo y que se incorporó al Partido Comunista Francés (PCF) en 1928. Adorno, diez años menor que Marcuse y Benjamin, no parece haberse vuelto hacia el marxismo hasta después de la conquista del poder por los nazis en 1933. Sartre y Althusser, aunque de edades muy dispares, parecen haberse radicalizado, al mismo tiempo, por el impacto de la guerra civil española, el desastre francés de 1940 y su encarcelamiento en Alemania. Ambos completaron su evolución política después de 1945, en los primeros años de la guerra fría. Althusser se afilió al PCF en 1948, mientras que Sartre se alineaba con el movimiento comunista internacional en 1950. Goldmann se sintió atraído por la obra de Lukács antes de la segunda guerra mundial y durante ella, y después de ésta se encontró con él en Suiza en 1946. Della Volpe constituye una excepción cronológica que, sin embargo, confirma el esquema político-generacional: por su edad pertenece a la primera generación, pero la primera guerra mundial no ejerció ninguna influencia sobre él, se comprometió luego con el fascismo italiano y sólo tardíamente llegó al marxismo, en 1944-45, al final de la segunda guerra mundial, cuando tenía cerca de cincuenta años. Finalmente, puede discernirse un caso límite de una posible tercera generación: Colletti, quien era demasiado joven para que la segunda guerra mundial lo marcara profundamente, y sólo se hizo discípulo de Della Volpe en el período de posguerra. Se afilió al PCI en 1950. [Esencialmente, como se verá, desde los comienzos del decenio 1920-1930 el marxismo europeo se centró cada vez más en Alemania, Francia e Italia, tres países que, antes o después de la segunda guerra mundial, contaban con un par-

tido comunista de masas al que se adherían sectores importantes de la clase obrera y se sumaba una intelectualidad numerosa y radical. La ausencia de una clase u otra de estas condiciones impidió el surgimiento de una cultura marxista desarrollada fuera de esta zona. En Gran Bretaña se produjo una amplia radicalización entre los intelectuales en el período comprendido entre las dos guerras, pero la masa de la clase obrera permaneció fiel al reformismo socialdemócrata. En España, el proletariado demostró ser de temperamento más revolucionario que cualquier otra clase obrera del continente durante los años treinta, pero hubo muy pocos intelectuales en el movimiento obrero. Ninguno de estos países produjo nada de importancia en la teoría marxista durante este período.

El caso español, no obstante, sigue siendo un importante enigma histórico. ¿Por qué España nunca dio un Labriola o un Gramsci, pese a la extraordinaria combatividad de su proletariado y su campesinado, aún mayor que la de Italia, y a una herencia cultural del siglo XIX, que, si bien ciertamente menor que la de Italia, estaba lejos de ser despreciable? Sería menester dedicar una investigación a fondo a este complejo problema. Su solución sería importante para un análisis más amplio de las condiciones del surgimiento y el desarrollo del materialismo histórico como teoría. Aquí podemos solamente señalar en lo que concierne al problema de las herencias culturales relativas que, sorprendentemente, mientras Croce estudiaba y difundía la obra de Marx en Italia en el decenio de 1890-1900, el intelectual análogo más cercano en España, Unamuno, se convertía también al marxismo. Unamuno, a diferencia de Croce, participó activamente en la organización del partido socialista español en 1894-97. Sin embargo, mientras el compromiso de Croce con el materialismo histórico iba a tener profundas consecuencias para el desarrollo del marxismo en Italia, el de Unamuno no dejó huellas en España. El enciclopedismo del italiano, tan en contraste con el ensayismo del español, fue sin duda una de las razones de las diferencias en los resultados. Unamuno era un pensador mucho menor. Hablando con mayor generalidad, sus limitaciones eran, sintomáticas de la ausencia de España de una importante tradición de pensamiento filosófico sistemático, algo de lo que la cultura española, pese a todo el virtuosismo de su literatura, su pintura o su música, había carecido desde el Renacimiento hasta la Ilustración. Fue quizá la ausencia de este catalizador lo que impidió la aparición de una obra marxista de importancia en el movimiento obrero español del siglo XX. Esto contribuiría también a explicar el hecho curioso de que el marxismo no lograra una buena cosecha teórica en Inglaterra, con su tradición nativa de empirismo (abrupta e intensamente agudizada después de 1900), mientras que fue capaz de producir una notable historiografía. La importancia de un elemento filosófico dentro de la compleja síntesis social necesaria para engendrar un marxismo vivo en cualquier formación nacional fue, claro está, clásicamente subrayada por Engels. La conciencia de esto debe atemperar la

Las fechas históricas y la distribución geográfica del «marxismo occidental» brindan el marco formal preliminar para situarlo dentro de la evolución del pensamiento socialista como un todo. Quedan por identificar los rasgos sustantivos específicos que lo definen y lo delimitan como una tradición integrada. La primera y más fundamental de sus características fue el divorcio estructural entre este marxismo y la práctica política. La unidad orgánica entre teoría y práctica realizada en la generación clásica de marxistas anterior a la primera guerra mundial, quienes desempeñaron una función política y una función intelectual inseparables dentro de sus respectivos partidos en Europa oriental y central, iba a romperse cada vez más en el medio siglo que va de 1918 a 1968, en Europa occidental. La ruptura no fue inmediata o espontánea en el nuevo contexto generacional y geográfico del marxismo posterior a la primera guerra mundial. Fue producida lenta y progresivamente por grandes presiones históricas, que sólo en los años treinta provocaron la disolución final del vínculo entre teoría y práctica. Pero en la época posterior a la segunda guerra mundial la distancia entre ellas era tan grande que parecía prácticamente consustancial con la tradición misma. En verdad, sin embargo, los tres primeros teóricos importantes de la generación posterior a 1920 —los verdaderos creadores del modelo del marxismo occidental— fueron todos, en un comienzo, destacados dirigentes políticos de sus respectivos partidos: Lukács, Korsch y Gramsci. Cada uno de ellos, también, fue un participante y organizador directo de los levantamientos revolucionarios de masas de la época; en verdad, su labor teórica sólo puede ser comprendida sobre ese fondo político.

Lukács fue vicecomisario del pueblo para la educación en la República Soviética Húngara de 1919, y luchó con su ejército revolucionario en el frente de Tisza contra el ataque de la Entente. Exiliado en Austria durante los años veinte, fue dirigente del Partido Comunista Húngaro y, después de

apreciación crítica del predominio de la filosofía en el marxismo occidental en otras partes de Europa, hecho que examinaremos más adelante; pero no debe inhibirla.

una década de luchas de facciones dentro de su organización, fue por breve tiempo secretario general del partido en 1928. Korsch fue ministro comunista de Justicia en el gobierno de Turingia de 1923, encargado de los preparativos paramilitares a nivel regional para la insurrección del KPD en Alemania central de ese año, que fue abortada por la Reichswehr. Luego fue un destacado diputado del Reichstag por el partido, director de su periódico y uno de los dirigentes de su facción de izquierda en 1925. Gramsci, por supuesto, desempeñó un papel mucho más importante que ambos en las luchas de masas de la posguerra inmediata. Organizador y teórico principal de los consejos de fábrica de Turín y director de *L'Ordine Nuovo* en 1919-20, al año siguiente fue uno de los fundadores del PCI y gradualmente llegó a ser el principal dirigente del partido en 1924, cuando éste libraba una difícil batalla defensiva contra la consolidación del fascismo en Italia. El destino de estos tres hombres simbolizó las fuerzas que iban a alejar la teoría marxista de toda práctica de clase en los años siguientes. Korsch fue expulsado del KPD en 1926 por negar que el capitalismo se había estabilizado, exigir la reanudación de la agitación en los consejos de obreros y criticar la política exterior soviética por acomodarse al capitalismo mundial. Luego trató de mantener durante dos años un grupo político independiente, y aun después de su disolución permaneció activo en los círculos intelectuales y proletarios marxistas hasta 1933, cuando la victoria del nazismo le obligó a abandonar Alemania y marchar al exilio y al aislamiento, en Escandinavia y luego en Estados Unidos⁵. Lukács, en cambio, redactó las tesis oficiales del Partido Comunista Húngaro en 1928, las cuales rechazaban implícitamente las perspectivas catastróficas que acababa de adoptar el VI Congreso de la Komintern, la famosa línea del «tercer período», con sus violentos ataques a las organizaciones obreras reformistas — calificadas de «socialfascistas» — y su negación nihilista de toda distinción entre regímenes demo-

⁵ Con respecto a esta trayectoria, véase Hedda Korsch, «Memories of Karl Korsch», *New Left Review*, 76, noviembre-diciembre de 1972, páginas 42-44.

craticoburgueses y dictaduras militarpoliciales como instrumentos de la dominación capitalista⁶. El intento de Lukács de esbozar una tipología diferencial de los sistemas políticos capitalistas en la nueva coyuntura, y su énfasis en la necesidad de lemas democráticos de transición en la lucha contra la tiranía de Horthy en Hungría, fueron violentamente atacados por el secretariado de la Komintern, y fue amenazado con la expulsión sumaria del partido. Para evitarla, publicó una retractación (sin modificar sus opiniones privadas): pero el precio de esta desaprobación fue la renuncia permanente a las responsabilidades organizativas dentro de su partido o de la Internacional. Desde 1929, Lukács dejó de ser un militante político, limitándose en su obra intelectual a la crítica literaria y la filosofía. Después de pasar un breve período en Berlín, la conquista del poder por los nazis le obligó a exiliarse en la dirección opuesta, a la URSS, donde permaneció hasta el final de la segunda guerra mundial.

El destino de Gramsci fue más sombrío. Arrestado en Roma por orden de Mussolini, en 1926, cuando el fascismo italiano terminó de imponer su total dictadura sobre el país, pasó nueve terribles años en prisión, en condiciones que le produjeron la muerte en 1937. Apartado por la prisión de la participación en la vida clandestina del PCI, se salvó del enfrentamiento directo con las consecuencias de la estalinización de la Internacional. Aun así, su último acto político antes de su arresto fue escribir una enérgica protesta a Togliatti, que estaba en Moscú, contra la supresión por éste de la carta del partido italiano al Comité Central del PCUS en la que se pedía mayor tolerancia en sus disputas internas, en vísperas de la expulsión de la Oposición de Izquierda en Rusia; desde la prisión, se opuso luego categoricamente a la línea del «tercer período» desde 1930, manteniendo posturas similares a las de Lukács en 1928, que destacaban la importancia de las exigencias democráticas intermedias bajo el fascismo y la necesidad vital de

⁶ Véanse los pasajes esenciales de las llamadas tesis de Blum (seudónimo de Lukács en la clandestinidad), en Georg Lukács, *Political writings 1919-1929*, Londres, NLB, 1972, pp. 240-51.

lograr la alianza del campesinado para derrocarlo⁷. El clima de la época en la III Internacional era tal, que su hermano, a quien confió sus opiniones para que las transmitiera al centro del partido, que estaba fuera de Italia, permaneció en silencio para evitarle el riesgo de expulsión. Así, las dos grandes tragedias que, de maneras tan diferentes, se abatieron sobre el movimiento obrero europeo en el período de entreguerras, el fascismo y el estalinismo, se sumaron para dispersar y destruir a los potenciales exponentes de una teoría marxista nativa unida a la práctica de masas del proletariado occidental. La soledad y muerte de Gramsci en Italia, el aislamiento y el exilio de Korsch y Lukács en los Estados Unidos y en la URSS, respectivamente, señalaron el fin de un período en el que el marxismo occidental aún tenía arraigo entre las masas. De allí en adelante iba a hablar su propio lenguaje críptico a una distancia cada vez mayor de la clase a cuyos destinos trataba formalmente de servir o articular.

El profundo cambio que se iba a producir halló su primera expresión en Alemania. Su centro fue el Instituto de Investigación Social de Francfort, cuyos orígenes y desarrollo ya hemos considerado. Aunque su concepción como centro académico para la investigación marxista dentro de un Estado capitalista era algo nuevo en la historia del socialismo —pues implicaba una separación institucional de la política que Luxemburgo, por ejemplo, jamás habría aceptado antes de la guerra—, se había dedicado durante todos los años veinte a problemas tradicionales del movimiento obrero, combinando una sólida labor empírica con un análisis teórico serio. Específicamente, su director, en su alocución inaugural, advirtió contra el peligro de que se convirtiera en una escuela para «mandarines», y su equipo incluyó miembros activos de los partidos proletarios de la República de Weimar, especialmente del KPD⁸. El periódico del Instituto publicó trabajos de Korsch y Lukács, junto a

⁷ Véase Giuseppe Fiori, *Antonio Gramsci*, Londres, NLB, 1970, pp. 249-258 (*Vida de Antonio Gramsci*, Barcelona, Península, 1968).

⁸ Jay, *The dialectical imagination*, pp. 11-17.

ensayos de Grossmann o Riazanov. Así, formó el punto nodal de conjunción en el que las corrientes «occidental» y «oriental» se encontraron dentro del marxismo en los años veinte. Su trayectoria, por tanto, iba a ser de importancia decisiva para la evolución de la teoría marxista en su conjunto en la Europa del período comprendido entre las dos guerras. En 1929, Grünberg, el historiador austromarxista que lo había dirigido desde su fundación, se retiró. En 1930, Horkheimer se convirtió en el nuevo director del Instituto: un año después de ser silenciado Lukács y el mismo año en que Gramsci fue censurado por su propia seguridad, aunque estaba en prisión. Filósofo en vez de historiador como Grünberg, en su discurso inaugural Horkheimer dio la tónica de una importante reorientación de la labor del Instituto, lejos de la preocupación por el materialismo histórico como «ciencia» y hacia un desarrollo de la «filosofía social» complementada con investigaciones empíricas. En 1932, el Instituto dejó de publicar los *Archivos para la Historia del Socialismo y el Movimiento Obrero*; su nueva publicación fue titulada, inocentemente, *Revista de Investigación Social*. En el breve período anterior a la contrarrevolución fascista de 1933, Horkheimer reunió un variado y talentoso grupo de jóvenes intelectuales en el Instituto, los más importantes de los cuales fueron Marcuse y Adorno. A diferencia de Grünberg o Grossmann, Horkheimer nunca había sido miembro de ningún partido obrero, aunque antaño había admirado a Luxemburgo y seguía siendo políticamente radical, en una postura crítica frente al SPD y al KPD. Marcuse, que había sido miembro de un consejo de soldados en 1918, conservó algunos vínculos con el movimiento obrero organizado, en particular con la izquierda del SPD; en los últimos años anteriores a la toma del poder por Hitler fue colaborador del periódico teórico de Hilferding, *Die Gesellschaft*. Adorno, en cambio, el más joven de los tres, no tenía ningún vínculo personal con la vida política socialista. El escepticismo del nuevo equipo del Instituto con respecto a las perspectivas de la lucha de clases en Alemania, en un tiempo en que tanto el partido socialdemócrata como el comunista proclamaban su confianza en

el futuro, se demostró ya al comienzo de la ocupación de su cargo por Horkheimer, cuando sus fondos se transfirieron calladamente a Holanda, en 1931, y se establecieron oficinas externas en Suiza. Así, la victoria nazi de 1933 exilió al Instituto, pero no lo destruyó como centro. Horkheimer pudo negociar su transferencia formal a los Estados Unidos en 1934, donde se incorporó a la Universidad de Columbia, en Nueva York; y antes del estallido de la segunda guerra mundial todos sus colegas más cercanos se le unieron en América. La emigración del Instituto a los Estados Unidos lo transfirió a un medio político carente de un movimiento obrero siquiere formalmente adherido al socialismo o de toda tradición marxista sustancial. En su nuevo ambiente, el Instituto como tal se orientó decididamente hacia su adaptación al orden local burgués, censurando su propia labor pasada y presente para adecuarse a las susceptibilidades académicas o corporativas locales y efectuando análisis sociológicos de carácter convencionalmente positivista. Para camuflarse en su nuevo hábitat, se efectuó una retirada prácticamente completa de la política. Privadamente, Horkheimer y Adorno continuaron manteniendo una acerba hostilidad a la sociedad estadounidense, revelada después de la guerra en su obra conjunta *Dialéctica de la Ilustración* (prudentemente publicada en Holanda), cuya argumentación básica identificaba el liberalismo norteamericano y el fascismo alemán. El retorno del Instituto a Francfort, en 1949-50, sin embargo, no alteró el cambio fundamental en su función y su orientación social que había sufrido en los Estados Unidos. Porque la Alemania Occidental de la posguerra era ahora, desde el punto de vista político y cultural, el más reaccionario de los países capitalistas importantes de Europa, extirpadas sus tradiciones marxistas por el chovinismo nazi y la represión angloamericana y, temporalmente, con un proletariado pasivo y en reposo. En este ambiente, en el que el KPD iba a ser prohibido y el SPD iba a abandonar formalmente toda conexión con el marxismo, se completó

⁹ Jay, *The dialectical imagination*, p. 26.

la despolitización del Instituto: mientras que en los Estados Unidos había sido un enclave aislado dentro del mundo académico, en Alemania Occidental fue oficialmente festejado y protegido. La «teoría crítica» defendida por Horkheimer en los años treinta ahora renunciaba explícitamente a todo lazo con la práctica socialista. El mismo Horkheimer finalmente cayó en ignominiosas apologías del capitalismo en su retiro¹⁰. En cambio, Adorno, que llegó a ser director del Instituto en 1958 y produjo su obra más vigorosa después de la segunda guerra mundial, nunca siguió ese camino; su mismo alejamiento de la política, siempre mayor que el de sus colegas, le preservó de ello. Por el contrario, Marcuse, que permaneció en los Estados Unidos, iba a mantener una intransigente postura revolucionaria, en medio de un gran aislamiento intelectual e institucional, en los años cincuenta y sesenta. Pero la tensión objetiva de esta situación iba a cobrar su precio dentro de su pensamiento. Adherido a los ideales políticos del marxismo clásico, pero totalmente alejado de toda fuerza social activa que luchase por ellos, Marcuse llegó en América a teorizar sobre una «integración» estructural de la clase obrera en el capitalismo avanzado, y, por consiguiente, sobre el carácter insuperable del abismo entre el pensamiento socialista —ahora inevitablemente «utópico» una vez más— y la acción proletaria en la historia contemporánea. La ruptura entre la teoría y la práctica que había comenzado silenciosamente en Alemania a fines de los años veinte fue consagrada abiertamente en teoría a mediados de los años sesenta, con la publicación de *El hombre unidimensional*.

Antes de la victoria del nazismo, Alemania era el único país importante de Europa, fuera de Rusia, que tenía un partido comunista de masas. Después, Francia tuvo por primera vez un movimiento comunista de masas durante el período del Frente Popular. Después de la segunda guerra mundial, mientras que el KPD quedaba prácticamente eliminado de Alemania Occidental, el PCF se convirtió en la organización mayoritaria de la clase obrera en Francia.

¹⁰ Véase su entrevista en *Der Spiegel*, 6 de enero de 1970.

Este doble cambio transformó todo el equilibrio de la cultura marxista en Europa. Desde la época de la II Internacional, el movimiento obrero francés —que a principios del siglo XIX había estado a la cabeza del continente en militancia política y creatividad intelectual— en el campo teórico había quedado bastante a la zaga de sus equivalentes en Europa oriental y central, y aun en Italia. El marxismo nunca había penetrado profundamente en la SFIO o la CGT. Las razones de este retraso cultural en la III República fueron esencialmente dos: la fuerza de las tradiciones premarxistas nativas (el proudhonismo, el blanquismo y el anarcosindicalismo) en el proletariado y el sostenido vigor del radicalismo burgués (de un tardío tipo jacobino) que aún anclaba firmemente a la intelectualidad local en su propia clase. Donde se producía la confluencia de estas dos corrientes, por ejemplo, en un dirigente como Jean Jaurès, el resultado era una doctrina social de un acentuado idealismo y provincialismo. En Francia no se hizo ninguna contribución importante a los grandes debates marxistas de la época anterior a 1914. Para todos los fines del Partido Socialista Francés, *El capital* era un libro cerrado; es significativo que antes de la primera guerra mundial no se tradujera en Francia ninguna obra teórica importante escrita después de Marx y Engels. La victoria de la Entente en 1918, al mantener la dominación de la burguesía francesa y ahorrar a la clase obrera la prueba de una derrota, amplió las condiciones para el crecimiento del marxismo como una fuerza real en el país. El Partido Comunista Francés, después de un comienzo aparentemente triunfal en 1920, pronto quedó reducido a proporciones relativamente modestas, con unos 50.000 afiliados, durante el resto de la década. Los intelectuales que atrajo eran en su mayoría personalidades literarias, con una relación más sentimental que científica con la herencia de las ideas socialistas. Sólo en 1928 se unió al partido el primer grupo de intelectuales más jóvenes con un verdadero interés por el marxismo. Este grupo incluía a Nizan, Lefebvre, Politzer, Guterman y Friedmann; había cristalizado en la revuelta

contra la esterilidad y el provincialismo de la filosofía francesa oficial y había tenido en un comienzo simpatías por el surrealismo¹¹. Sin embargo, su entrada en el PCF coincidió con la estalinización final del movimiento comunista internacional durante el tercer período. Por ello, desde el principio su labor teórica estuvo sujeta a estrictas limitaciones políticas, pues por entonces todas las cuestiones fundamentales concernientes al análisis del desarrollo capitalista y a la conducción de la lucha de clases eran dominio exclusivo no ya de la dirección nacional del partido en Francia, sino de la Komintern en la misma Rusia. Así, el campo para la actividad intelectual dentro del marxismo se había reducido mucho dentro de las filas de los partidos comunistas europeos. Politzer, después de un precursor intento de llevar a cabo una crítica marxista del psicoanálisis¹², se convirtió en poco más que un obediente funcionario cultural del PCF. El espíritu polémico de Nizan fue rápidamente ahogado por las presiones organizativas, hasta que finalmente se rebeló contra el pacto nazi-soviético y fue expulsado del partido¹³. Sólo Lefebvre mantuvo un nivel y un volumen relativamente elevados de producción escrita y la fidelidad pública al PCF. Pudo hacerlo mediante una innovación táctica que más tarde se haría característica de los teóricos marxistas posteriores en Europa occidental: dar al César lo que era del César, es decir, una lealtad política combinada con una labor intelectual lo suficientemente disociada de los problemas centrales de la estrategia revolucionaria como para escapar al control o la censura directos. Los principales escritos de Lefebvre de los años treinta fueron sobre todo de carácter filosófico, con un nivel de abstracción que le permitía mantenerse dentro de los límites de la disciplina del partido. La publicación de su obra más importante, *El materialismo dialéctico*, retrasada durante

¹¹ Sobre los orígenes de este grupo, véase Henri Lefebvre, *La somme et le reste*, París, 1959, pp. 389-414.

¹² *Critique des fondements de la psychologie*, París 1928. Politzer había sido testigo de la Comuna húngara en su juventud, lo cual sugiere un tenue vínculo con el marxismo de Europa central.

¹³ Véase el vívido ensayo de Sartre en la reedición de *Aden Arabie*, de Paul Nizan, París, 1960; ambos eran íntimos amigos.

tres años después de su conclusión, fue recibida con recelos oficialmente¹⁴; por su tono y sus preocupaciones, se la puede situar entre la obra anterior de Lukács, de carácter directo, con sus apelaciones explícitas a la «historia», y la obra contemporánea de Horkheimer, de carácter evasivo, con sus apelaciones cada vez más escurridizas a la «teoría crítica». Lefebvre, aunque leído por Benjamin (con quien compartía la simpatía hacia el surrealismo) en París¹⁵, permaneció internacionalmente aislado a fines de los años treinta; dentro de Francia, su caso era único.

La ocupación alemana de 1940-44 trastornó todo el universo político y cultural de la III República, y por primera vez creó las condiciones para la difusión del marxismo como producto teórico corriente en Francia. El PCF, que había llegado a ser un «partido de masas»—con más de 300.000 miembros—en los últimos años del Frente Popular, se convirtió en la fuerza popular dominante de la Resistencia desde 1941, y surgió de la guerra enormemente fortalecido. Después de 1945, su supremacía organizativa dentro de la clase obrera francesa era abrumadora. El resultado de ello fue un rápido crecimiento de su poder de reclutamiento y atracción intelectuales. Politzer había muerto en la Resistencia; Nizan había perecido en Dunkerque. Lefebvre siguió siendo el filósofo más distinguido y prolífico del partido durante la década siguiente. En efecto, en este período, el incremento en la masa de intelectuales llevados al PCF dio una obra teórica relativamente escasa, porque se vio en gran medida neutralizado por la extrema intensificación de los controles culturales dentro del partido al comenzar la guerra fría y el violento reforzamiento del zhdanovismo por la dirección del PCF. Así, el principal fenómeno nuevo de la primera década posterior a la guerra fue la influencia del marxismo en los medios existencialis-

¹⁴ Sobre este episodio, véase la narración autobiográfica de Lefebvre en *La somme et le reste*, p. 47.

¹⁵ Véase el ensayo de Benjamin, «Eduard Fuchs, der Sammler und der Historiker», en *Angelus Novus*, Francfort, 1966, pp. 326-41 [«Historia y coleccionismo: Eduardo Fuchs», en *Discursos interrumpidos*, 1]. Los contactos de Benjamin en París constituyen un importante tema para futuras investigaciones.

tas que habían surgido durante la ocupación y que adquirieron una gran irradiación cultural después de ella, con las obras de Sartre, Merleau-Ponty y De Beauvoir. Esta influencia fue mediatizada por Kojève, el primer filósofo académico que introdujo sistemáticamente a Hegel en Francia antes de la guerra y cuya interpretación «existencial» de *La fenomenología del espíritu* brindó a Sartre y Merleau-Ponty un puente indirecto hacia el marxismo¹⁶. En 1946, éstos fundaron un periódico socialista independiente, *Les Temps Modernes*, cuya amplia gama de contribuciones filosóficas, políticas, literarias, antropológicas y psicoanalíticas rápidamente lo convirtió en la revista teórica más influyente del país. Ni Merleau-Ponty ni Sartre se sintieron tentados a entrar en el PCF, pero ambos trataron sucesivamente de mantener una actitud revolucionaria activa junto a él, articulando ideas políticas que el partido mismo se negaba a admitir, pero sin oponerse a él ni atacarlo. Esta ambigua relación, basada en la creencia de que la masa de la clase obrera francesa estaba incommoviblemente organizada por un partido que sofocaba la labor intelectual dentro de él, condujo finalmente al extraordinario intento de Sartre, en 1952-54, de realizar una teorización directa de la práctica política del PCF desde fuera, en la serie de ensayos titulados *Los comunistas y la paz*¹⁷. Naturalmente, se demostró que tal «excéntrica» unidad de teoría y práctica no era posible. La revuelta húngara de 1956 llevó a Sartre a una espectacular ruptura con el PCF; a partir de entonces desarrolló su obra teórica fuera de todo marco de referencia organizativo como filósofo y publicista particular declaradamente sin contacto con las masas. Mientras tanto, dentro del partido comunista, las repercusiones del XX Congreso del PCUS y la rebelión húngara finalmente habían llevado a Lefebvre

¹⁶ Las clases de la preguerra de Kojève fueron publicadas en 1947 con el título de *Introduction à la lecture de Hegel*. Alexandre Kojève (Kozhevnikov) nació en Rusia en 1902 y estudió filosofía en Alemania de 1921 a 1927 bajo la influencia de Jaspers y Heidegger. Luego pasó a Francia, donde Alexandre Koyré, otro emigrado ruso, dirigió su interés a Hegel. Como sucesor de Koyré, Kojève dio clases sobre Hegel en la Ecole Pratique des Hautes Etudes desde 1934 hasta la segunda guerra mundial.

¹⁷ Publicados recientemente en traducción inglesa, Londres, 1969.

a la oposición activa, y en 1958 fue expulsado del partido. En esos años la pasividad política del PCF llegó a su punto culminante durante la guerra de Argelia.

Sin embargo, la limitada liberalización del régimen interno del partido en los años sesenta reveló que nuevas fuerzas intelectuales habían estado gestándose dentro de él calladamente. Ya la publicación por entregas de la biografía de Marx y Engels de Cornu, desde 1955, había señalado el paso a Francia de la tradición erudita de Mehring y Riazanov¹⁸. Pero fue la aparición de la obra de Louis Althusser, de 1960 a 1965, lo que supuso un cambio decisivo en el nivel del debate intelectual dentro del partido. Por primera vez se había articulado un importante sistema teórico dentro del marco organizativo del comunismo francés, sistema cuyo valor y originalidad fueron reconocidos hasta por sus más decididos oponentes. La influencia de Althusser se difundió muy rápidamente después de 1965, tanto dentro como fuera de las filas del PCF, dándole una posición única en la historia del partido¹⁹. Sin embargo, la paradoja de este ascendiente ha sido su desarrollo en sentido contrario a la evolución política del PCF. La acentuada moderación del comunismo occidental en los años sesenta, en efecto, alcanzó su expresión más desarrollada en el programa del partido en pro de una «democracia avanzada» en Francia, mientras internacionalmente el PCF se distinguía por su alto grado de hostilidad hacia China y su adhesión a la postura rusa en el conflicto chino-soviético. Por el contrario, la obra de Althusser se definía explícitamente como antihumanista en una época en que la doctrina oficial del partido francés alababa las virtudes del humanismo como vínculo común entre socios contractuales (comunistas, socialistas y católicos) en la edificación de una democracia avanzada, y el partido soviético proclamaba «todo para el hombre» como lema de masas; al mismo tiempo, Althusser apenas disimulaba sus simpatías hacia China.

¹⁸ Auguste Cornu, *Karl Marx et Friedrich Engels*, París, 1955-70; hasta ahora han aparecido cuatro volúmenes, que llegan hasta 1846.

¹⁹ Las dos obras principales de Althusser, *Pour Marx* y *Lire Le capital* aparecieron a pocos meses de distancia una de otra, en 1965.

Así, una vez más, había una marcada tirantez en la relación entre teoría y partido en el PCF: mientras que antes este último había impuesto estridentemente la «ortodoxia» frente a las inclinaciones «liberales» de la primera, ahora los papeles se invertían, y la primera reclamaba silenciosamente el rigor frente a la laxitud del segundo. Pero en la nueva situación, la misma liberalización del PCF, destinada a tranquilizar a sus aliados y asociados, se combinó con la estudiada cautela personal de Althusser para evitar todo choque frontal. A este respecto, la posición de Althusser dentro del partido francés llegó a asemejarse a la de Lukács en el partido húngaro después de la intervención soviética de 1956. En ambos casos, importantes intelectuales con un profundo vínculo personal con el movimiento comunista se negaron a abandonarlo o a romper con él, sellando el pacto tácito con su partido de guardar silencio sobre la política propiamente dicha, si su obra teórica (cualesquiera que fuesen sus implicaciones prácticas finales) permanecía relativamente intacta. La viabilidad de esta mutua acomodación suponía un considerable prestigio independiente por parte de ambos teóricos, lo que hacía posible una coexistencia táctica que la organización del partido tenía interés en no dar por terminada. La ambigüedad y la tensión inherentes a este tipo de lazo no eran menos evidentes, particularmente en el caso de Althusser, a causa de la falta de restricciones coercitivas en el PCF.

La extraordinaria escala y velocidad de la difusión del marxismo en Italia después de la liberación, que no sólo se manifestó en el crecimiento del PCI, sino también del PSI y de vastos sectores no organizados de la intelectualidad, no tuvo paralelo en ningún otro país europeo. Sumada a la recepción que en la posguerra se dio al materialismo histórico en Francia, hizo que el eje principal de la cultura marxista después de 1945 pasara en Europa de la zona germánica a la latina por primera vez en el siglo. Pero el desarrollo del marxismo italiano iba a seguir un rumbo notablemente diferente del seguido por el marxismo francés en las dos décadas siguientes. Italia había poseído una tradición marxista nativa que se remontaba a la época de Engels,

a fines del siglo XIX. La obra de Labriola había sido heredada y continuada en la generación siguiente por Mondolfo, otro filósofo ex-hegeliano que a su vez había ejercido una influencia directa sobre la generación de Gramsci.²⁰ Luego, en el largo interludio del fascismo, se incubaron en la prisión los escritos de Gramsci, que fueron descubiertos y publicados por primera vez en 1947-49. Su efecto fue enorme tanto dentro del PCI como fuera de él. La presencia de esta herencia marxista nativa que culminó en la gran obra emprendida por Gramsci ayudó, pues, a inmunizar al comunismo italiano contra los mayores estragos de la guerra fría: el PCI resistió al zhdanovismo en mucha mayor medida que el PCF. La dirección del partido, aún compuesta en gran parte por hombres que habían sido contemporáneos y colegas de Gramsci, atenuó lo peor de la represión cultural típica del período de la Kominform y permitió cierta libertad de expresión intelectual dentro de la organización, siempre que estuviese segregada de la actividad política del partido. Por otro lado, la canonización póstuma de Gramsci, paradójicamente, sirvió para esterilizar la vitalidad de su legado teórico al marxismo italiano. La figura de Gramsci fue convertida en un ícono ideológico oficial del partido, invocado en todos los actos públicos, mientras sus escritos eran manipulados u olvidados: veinticinco años después del fin de la guerra, el PCI no había publicado una edición crítica seria de sus obras. Así, los mezclados aromas de incienso y polvo que rodearon a los *Cuadernos de la prisión* dieron el inesperado resultado de que la principal tendencia teórica que se desarrolló dentro del marxismo italiano después de la segunda guerra mundial fue una reacción contra toda la ascendencia filosófica desde Labriola a Gramsci.

El fundador de la nueva escuela era Galvano Della Volpe, un filósofo afiliado al PCI en 1944 que escribió una serie de obras influyentes de 1947 a 1960. Della Volpe, como la mayoría de los intelectuales académicos italianos de la pre-

²⁰ Sobre el papel de Mondolfo, véase Christian Riechers, *Antonio Gramsci. Marxismus in Italien*, Frankfurt, 1970, pp. 21-24.

guerra, había aceptado el fascismo. Formalmente absuelto de su pasado por su adhesión al PCI después del golpe de Badoglio, con todo, sus antecedentes le impedían adquirir una autoridad política dentro del partido, mientras que los mismos rasgos personales que antaño le habían llevado a aceptar y justificar el Estado corporativo, posteriormente le inclinaban a una consecuente conformidad con la política de la dirección del PCI. De este modo, si bien la orientación teórica de Della Volpe divergía claramente de la ortodoxia prevaleciente en el partido, su obra carecía de toda carga política autónoma. Aunque era el más eminente filósofo profesional del partido, también era en muchos aspectos el más marginal a él. No hubo ninguna fricción seria entre Della Volpe y el partido en el transcurso de las dos décadas de su pertenencia a él; pero también, el aparato cultural del partido le rindió escaso homenaje. Sin embargo, bajo su influencia surgió un grupo de jóvenes intelectuales que formaron la escuela más coherente y productiva dentro del PCI: Pietranera, Colletti, Rossi, Merker, Cerroni y otros. De éstos, el más dotado y agudo era Colletti, quien se unió al partido a los veintiséis años, en 1950. Después del XX Congreso del PCUS y de la rebelión húngara, la revista teórica del PCI, *Società*, fue ampliada en su equipo editorial en 1957 mediante la inclusión (entre otros) de Della Volpe y Pietranera, a los que se sumó Colletti al año siguiente. En este período, los temas filosóficos de la escuela empezaron a adquirir resonancias políticas entre algunos de los miembros más jóvenes del grupo. En particular, se podía interpretar que la insistencia filosófica en la importancia de la «abstracción científica determinada» característica de la obra de Della Volpe, implicaba la necesidad de un análisis de la sociedad italiana en términos de las categorías «puras» del capitalismo desarrollado, con unos objetivos políticos correspondientemente «avanzados» a perseguir por la clase obrera. Esto se hallaba en oposición con la ortodoxia del PCI, que subrayaba el carácter históricamente atrasado e híbrido de la sociedad italiana, lo cual exigía reivindicaciones más limitadas, de tipo «democrático» más

que socialista, políticamente más adecuadas²¹. Las tensiones teóricas dentro de *Società* provocaron finalmente la supresión de la revista por el PCI a principios de 1962, seguida por un debate filosófico en gran escala en el semanario del partido, *Rinascita*, donde apareció una acusación contra la escuela de Della Volpe, a la que Colletti respondió acremente. Dos años más tarde, disgustado por el fracaso de toda democratización real dentro de la URSS o de los partidos comunistas occidentales desde 1956, Colletti abandonó el PCI²². Su obra principal durante la década siguiente fue escrita fuera de todo marco organizativo.

Así, de 1924 a 1968, el marxismo no se «detuvo», como iba a afirmar Sartre más tarde, pero avanzó mediante un interminable rodeo lejos de toda práctica política revolucionaria. Este divorcio estuvo determinado por toda la época histórica. En el plano más profundo, el destino del marxismo en Europa fue regido por la ausencia de grandes levantamientos revolucionarios después de 1920) excepto en la periferia cultural de España, Yugoslavia y Grecia. También fue, inseparablemente, un resultado de la estalinización de los partidos comunistas, herederos formales de la revolución de Octubre, lo cual hizo imposible una genuina labor teórica dentro de la política aun en ausencia de todo levantamiento revolucionario, lo que, a su vez, contribuyó a impedirlo. Así, la característica oculta del marxismo oc-

²¹ Véase Franco Cassano, comp., *Marxisme e filosofia in Italia*, Bari, 1973, pp. 7-8, 14-19, 180-81. Este volumen contiene los textos de los principales debates teóricos dentro del PCI en los años cincuenta y sesenta, incluida la controversia de 1962 a que nos referiremos más adelante.

²² [Sobre esta historia, véase ahora el propio relato de Colletti, «A political and philosophical interview», *New Left Review*, 86, julio-agosto de 1974, pp. 3-9 («Entrevista a Lucio Colletti», *Zona Abierta*, 4, 1975). Este notable texto es de gran importancia para toda una serie de problemas teóricos y políticos analizados en este ensayo. En efecto, muchas de sus conclusiones son similares a algunas tesis que aquí presentamos, aunque, naturalmente, con sus fundamentos propios. Ningún otro pensador importante de la tradición del marxismo occidental ha mostrado tanta lucidez sobre la naturaleza y los límites de éste como Colletti. Es innecesario decir que no hay razón alguna para suponer que él estaría de acuerdo con muchas de las argumentaciones o juicios particulares de este ensayo.]

cidental en su conjunto es que se trata de un producto de la *derrota*. El fracaso de la revolución socialista fuera de Rusia, causa y consecuencia de su corrupción dentro de Rusia, es el trasfondo común a toda la tradición teórica de este período. Sus obras principales fueron creadas, sin excepción, en situaciones de aislamiento político y desesperación. *Historia y consciencia de clase* (1923), de Lukács, fue escrita en el exilio, en Viena, mientras el terror blanco reinaba en Hungría después de la supresión de la Comuna húngara. Los *Cuadernos* de Gramsci fueron escritos en la prisión, cerca de Bari, después de la definitiva represión del movimiento obrero italiano por el fascismo triunfante. Las dos obras más importantes de la Escuela de Frankfurt se publicaron en el momento culminante de la reacción política en Alemania Occidental y los Estados Unidos después de la guerra: *Minima moralia* (1951), de Adorno, en el año en que se inició en Alemania Occidental el proceso formal de proscripción del KPD; *Eros y civilización* (1954), de Marcuse, durante la histeria del macartismo en Norteamérica. En Francia, la *Crítica de la razón dialéctica* (1960), de Sartre, fue publicada después del golpe gaullista de 1958 y en el momento más álgido de la guerra de Argelia, cuando la masa de la clase obrera francesa —conducida por el PCF— permanecía paralizada e inerte, mientras los ataques terroristas de la OAS golpeaban a los pocos individuos que se oponían activamente a la guerra. Fue también en esos años cuando Althusser comenzó a elaborar sus primeros y más originales estudios: *Contradicción y sobredeterminación* (1962), el más importante de éstos, coincidió con la instalación autoritaria del gobierno presidencial directo y la plena consolidación política de la V República. Esta serie ininterrumpida de derrotas políticas —para la clase obrera, para el socialismo— no pudo por menos de tener profundos efectos sobre la naturaleza del marxismo de esta época.

Al mismo tiempo, la estalinización de los partidos creados por la III Internacional, desde fines de los años veinte, burocráticamente organizados e ideológicamente subordinados a la política de la URSS, dejó en el marxismo otro sello distintivo. El resultado de la segunda guerra mundial, como he-

mos visto, señaló un cambio profundo en el esquema geográfico del marxismo como cultura activa en Europa, con la práctica desaparición del comunismo como fuerza viva en la clase obrera de Alemania Occidental y con el surgimiento y el predominio de partidos comunistas de masas en Francia e Italia. Estas diferentes situaciones originaron una variedad de respuestas al problema de cómo relacionar la teoría marxista con la política proletaria en las regiones aludidas, pero sin hallarle solución. La incorporación formal a partidos obreros (Lukács, Della Volpe, Althusser), la salida de ellos (Lefebvre y Colletti), el diálogo fraternal con ellos (Sartre) o la renuncia explícita a toda conexión con ellos (Adorno y Marcuse) resultaron ser actitudes todas ellas incapaces de vincular la teoría marxista con la lucha de masas. Podría decirse que para todos estos teóricos el movimiento comunista oficial era el polo central o único de la relación con la política socialista organizada, lo aceptarían o lo rechazarían. Dentro del marco de esta relación había dos opciones generales. El teórico podía incorporarse a un partido comunista y aceptar el rigor de su disciplina. En este caso, podía mantener cierto contacto nominal con la vida de la clase obrera nacional (a la que, pese a todo, el partido estaba inevitablemente ligado) y una continuidad al menos filológica con los textos clásicos del marxismo y el leninismo (cuyo estudio era obligatorio dentro del partido). El precio de esta cercanía, por relativa que fuese, a las realidades de la lucha cotidiana de la clase obrera era el silencio sobre su conducción real. Ningún intelectual (o trabajador) de un partido comunista de masas de este período que no formase parte de su dirección podía hacer la menor declaración independiente sobre problemas políticos importantes, excepto en la forma más oracular. Lukács y Althusser ejemplifican esta opción. La opción opuesta era permanecer fuera de toda organización de partido, como intelectual independiente. En este caso, no había ningún control institucional sobre las formas políticas de expresión, pero, en cambio, tampoco había ningún arraigo en la clase social en cuyo beneficio la labor teórica marxista tiene sentido en definitiva. Sartre y Marcuse representan,

de diferentes maneras, variantes de esta postura. El primero mantuvo una serie inigualada de intervenciones personales por la causa del socialismo internacional, al escribir importantes ensayos sobre Francia, Hungría, Argelia, Cuba, el Congo, Vietnam y Checoslovaquia, pero sin un conocimiento íntimo de la herencia clásica del marxismo y sin influencia sobre el movimiento obrero de su propio país. El segundo poseía una formación superior en las anteriores tradiciones marxistas y escribió extensos libros que trataban, a su manera oblicua, de los Estados Unidos y la URSS (*El hombre unidimensional* y *El marxismo soviético*), pero elaboró una teoría que negaba a la clase obrera industrial todo potencial socialista activo. Una última alternativa era abandonar toda adhesión y toda referencia a la política: fue la actitud Adorno en la Alemania de posguerra.

La consecuencia de tal estancamiento fue el meditado silencio del marxismo occidental en los campos más importantes para las tradiciones clásicas del materialismo histórico: el examen de las leyes económicas del movimiento del capitalismo como modo de producción, el análisis de la maquinaria política del Estado burgués y la estrategia de la lucha de clases necesaria para derribarlo. Gramsci es la única excepción a esta regla y éste es el sello de grandeza que lo distingue de todas las otras figuras de esta tradición. Es lógico que así sea, pues sólo él encarnó en su persona la unidad revolucionaria de teoría y práctica, tal como la definía la herencia clásica. La experiencia de la insurrección de los obreros italianos en 1919-20 y de la dirección organizativa del PCI de 1924 a 1926 constituyeron las fuentes creadoras de su pensamiento durante los largos años de cárcel que le protegieron contra las consecuencias intelectuales de la estalinización fuera de Italia y que le mataron lentamente. Pero aun sus escritos revelan las rupturas y los límites en las luchas de la clase de la cual nacieron, así como las circunstancias materiales de su cautiverio. Después de Gramsci, ningún otro marxista de Europa occidental lograría realizaciones similares. La reducción del ámbito para la labor teórica a las restringidas alternativas de la obediencia institucional o el aislamiento individual

suprimió toda posibilidad de una relación dinámica entre el materialismo histórico y la lucha socialista e impidió todo desarrollo directo de los temas principales del marxismo clásico. Dentro de los partidos comunistas, todo examen de las economías imperialistas de posguerra, de los sistemas estatales de Occidente y de la conducción estratégica de la lucha de clases quedó estrictamente reservado a la cúspide burocrática de esas organizaciones, condicionada a su vez por la subordinación general a las posturas oficiales soviéticas. Fuera de las filas del comunismo organizado, no había ningún punto de apoyo dentro de la masa de la clase obrera desde el cual desarrollar un análisis o una estrategia revolucionarios inteligibles, o bien a causa del predominio comunista en el proletariado local (Francia, Italia), o bien a causa de sus abrumadoras tendencias reformistas (Alemania, Estados Unidos). La generación de teóricos formados en la doble experiencia del fascismo y la segunda guerra mundial quedó marcada por ello: o desearon totalmente de la clase obrera (los alemanes, que no tuvieron una Resistencia) o la identificaron inevitablemente con su representación comunista (los franceses o los italianos, que tuvieron una Resistencia). Probablemente sea significativo que el miembro más joven del grupo aludido, Colletti, el único cuya formación principal fue posterior al fascismo y a la Resistencia, fuese también el único teórico de esta tradición capaz de escribir sobre problemas políticos y económicos de la posguerra con libertad intelectual y rigor profesional desde su alejamiento del PCI²³. Pero aun las contribuciones de Colletti han sido esencialmente recapitulaciones expositivas del balance de los debates clásicos, más que innovaciones sustanciales por derecho propio. Durante más de veinte años después de la segunda guerra mundial, el registro intelectual del marxismo occidental en obras de teoría económica o política propiamente dicha

²³ Véanse, en particular, sus ensayos «The question of Stalin», en *New Left Review*, 61, mayo junio de 1970; e «Introduzione», en C. Napoleoni y L. Colletti, comps., *Il futuro del capitalismo: crollo o sviluppo?*, Bari, 1970, páginas lxxi-cxii (*La cuestión de Stalin*, Barcelona, Anagrama 1977; «Introducción», en *El marxismo y el derrumbe del capitalismo*, México, Siglo XXI, 1978).

—en la producción de obras importantes en cualquiera de los dos campos— quedó prácticamente en blanco.

Las trabas institucionales representadas por los efectos del fascismo o las restricciones del comunismo de posguerra, sin embargo, no fueron en modo alguno la única razón de la esterilidad de la teoría marxista en esos dominios en el escenario de Europa occidental. Porque ésta fue también la época de una consolidación objetiva sin precedentes del capital en todo el mundo industrial avanzado. Económicamente, el dinamismo global del prolongado auge de los años cincuenta y sesenta fue mayor que el de cualquier período anterior en la historia del capitalismo. El crecimiento general y masivo que se registró en este período inició, en efecto, una nueva fase en el desarrollo del modo de producción como tal, desmintiendo aparentemente las predicciones clásicas de su inminente decadencia o crisis y planteando problemas radicalmente nuevos al análisis científico. La tradición de la economía marxista que halló su término en la *Teoría del desarrollo capitalista*, de Sweezy, en 1942, fue relegada al pasado al final de esta obra, a causa del visible éxito de la renovación keynesiana en la economía de Estados Unidos. Cuando Sweezy y Baran volvieron al tema veinte años más tarde en una extensa obra, *El capital monopolista*, renunciaron en gran medida al marco ortodoxo de las categorías económicas marxistas²⁴. La escala y el vi-

²⁴ Es bien conocido el abandono por Baran y Sweezy del concepto de plusvalor, piedra angular de *El capital*, de Marx. Sin embargo, lo que hacen en *Monopoly capital* (Nueva York, 1966) no es tanto estudiar y rechazar conceptos como el de plusvalor o el de composición orgánica del capital, mediante una crítica directa, como apartarse tácitamente de ellos para efectuar analogías más vagas, a menudo de un cierto carácter keynesiano. En este sentido, dicha obra se sitúa en gran medida fuera de los términos y los procedimientos del marxismo clásico. Debe recordarse que Baran pasó un año (1930) de formación en el ambiente del Instituto de Investigación Social de Francfort; las últimas secciones de *El capital monopolista* revelan signos evidentes de su influencia. Sweezy, por su parte, ha subrayado recientemente que no considera que la noción de «excedente» [surplus] de *El capital monopolista* esté en contradicción con la de «plusvalor» [surplus-value] de *El capital*. Véase su declaración directa al respecto en *Monthly Review*, enero de 1974, pp. 31-32. En general, puede decirse que desde la publicación de *El capital monopolista* (Baran murió poco antes) los análisis de Sweezy del capitalismo estadounidense en *Monthly Review* han sido más ortodoxos en su terminología.

gor de la expansión imperialista de las fuerzas de producción, tanto en la región atlántica como en la del Pacífico, presentó un formidable desafío teórico al desarrollo del materialismo histórico: la tarea, en todas sus dimensiones, nunca fue llevada a cabo dentro de la tradición del marxismo occidental²⁵. Al mismo tiempo, después de la segunda guerra mundial se produjo el establecimiento, por primera vez en la historia de la dominación burguesa, de la democracia representativa basada en el sufragio universal como estructura normal y estable del Estado en todos los principales países capitalistas: Alemania Occidental, Japón, Francia, Estados Unidos, Inglaterra e Italia. La novedad de este orden político como sistema perdurable y uniforme a escala internacional a menudo se olvida en el mundo anglosajón, debido a la relativa antigüedad de sus tradiciones locales en Inglaterra y los Estados Unidos²⁶. Puede verse

²⁵ La enigmática carrera del polaco Michal Kalecki constituye quizá el caso más cercano de interés del marxismo europeo de esa época por las principales transformaciones del capitalismo avanzado. Nacido en Lodz en 1899, Kalecki —ingeniero de formación, sin títulos formales en economía— se anticipó a la mayoría de las ideas de Keynes en su obra *Estudios sobre la teoría de los ciclos económicos*, de 1933, dos años antes de la publicación de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Emigró a Inglaterra a través de Suecia en 1935, y fue luego el primer economista que predijo el sistema de posguerra de gestión anticíclica de la demanda en Occidente, en su artículo «The political aspects of full employment» (*The Political Quarterly*, 4, 1943). En 1955 volvió a Polonia, donde ocupó puestos en la universidad y la planificación hasta poco antes de su muerte, ocurrida en 1970. La ambigüedad de la obra de Kalecki reside, por supuesto, en la naturaleza indeterminada de su relación con el marxismo. Sería necesario ahondar la investigación biográfica sobre este punto. Como colaborador anónimo en periódicos socialistas en la Polonia semidictatorial de los coroneles, en los años treinta, Kalecki parece haber sido criticado por el PC polaco por «luxemburguismo», a causa de su preocupación por los problemas de la demanda efectiva y los niveles de inversión. En Inglaterra y Norteamérica, su obra —nunca formulada en categorías marxistas clásicas— fue tomada como una forma de keynesianismo de izquierda. Aún no se ha pronunciado un veredicto final. La obra de Kalecki plantea la cuestión de si no ha existido una tradición específicamente polaca de economía marxista en este siglo, que descendería de Luxemburgo, y a la que Grossmann, Moszkowska y Kalecki, de diferentes maneras, habrían pertenecido oblicuamente.

²⁶ En la misma Inglaterra, la implantación del sufragio universal sólo data de 1929. En Francia, Italia y Japón fue introducido por primera vez en 1945.

esto en la ausencia de toda teorización importante o convincente sobre él en el marxismo clásico: el Estado democrático-burgués en sí nunca fue objeto de una obra importante de Marx, quien no vivió para ver su realización, ni de Lenin, cuyo enemigo era un tipo de Estado completamente distinto, el de la Rusia zarista. Así, los problemas implícitos en la elaboración de una teoría política capaz de captar y analizar la naturaleza y los mecanismos de la democracia representativa, como forma madura del poder burgués, no fueron menores que los planteados por el rápido avance de la economía capitalista mundial, durante las dos primeras décadas siguientes a la guerra. También ellos constituían una laguna dentro de la corriente principal de la obra marxista en Occidente.